

sarios al pueblo y debidos á Dios. Aun el Rey de aquel Escorial, desde cuyas cimas caía tan espesa noche sobre la libertad del pensamiento humano, hállase justificado en lo posible por la exaltacion de su fe; pero este loco siniestro del Louvre, saquea, incendia, mata, extermina, sin fe ninguna en el alma, sin objeto religioso ni político, entre dos creencias incierto y entre dos iglesias dividido, vil instrumento de su avieso hermano y de su maquiavélica madre. Y teniendo inteligencia para comprender el mismo mal que no podía evitar, se clavaba, como puñales interiores, los remordimientos, y se concluía poco á poco por un largo porfiado é íntimo suicidio. En los dos años escasos mediantes entre la matanza consumada en agosto del setenta y dos y la muerte sucedida en mayo del setenta y cuatro ¡qué grandes tormentos! ¡Cómo se clavaba las uñas en las carnes y los recuerdos en el alma! ¡Qué poblado el Universo de fantasmas á sus encendidos ojos; y qué pobladas de pesadillas las noches en sus trágicos sueños! Ocho días despues de la matanza, claro el cielo y el sol resplandeciente, negra nube de siniestros cuervos se posó en los frisos del Palacio lanzando graznidos horribles. Al repique de aquellos picos siniestros, al aleteo de aquellas alas negras, al fulgor de aquellos ojos carniceros, el Rey sintió tal miedo que gritó como si lo estuvieran matando, é hizo que toda la corte saliera en tropel á las ventanas para que no se lo llevaran á él solo, á él, anticipado cadáver, por el cual venian aquellos pájaros husmeadores de la muerte. La noche subsiguiente á tal escena, Carlos no pudo cerrar los ojos. En cuanto extinguía la luz, levantábanse los muertos de sus tumbas y corrian mudos en torno de su lecho, mirándole con los huecos de sus ojos vacíos que despedían llamaradas fosforescentes y siniestras como si le trajesen ya los reflejos primeros del infierno. El infeliz se levantó é hizo venir á su cuñado el Rey de Navarra. Cuando, tras muchos años, contaba este á sus gentiles-hombres y á su corte semejantes incidencias de tan trágicas escenas, se le ponian de punta los pelos y un frio epiléptico se le derramaba por los nervios. Cosa terrible aquel jóven, rey de Francia, huyendo de su lecho como un resucitado de su sepulcro, y tomando por furias externas y por demonios reales, sus íntimos y propios remordimientos. Aquellos ojos salidos casi de las órbitas veían lo que nadie veía; y aquellos oídos, moviéndose á todos lados, oían lo que nadie oía. Y sin embargo él aseguraba

que las sombras negras de la noche oscura se veían llenas de blancos fantasmas semejantes á los fuegos fatuos de los cementerios; y que los aires, á su vez, se hallaban cargados de clamores horribles, de gritos estridentes, de rechinamientos siniestros, de angustiosos estertores, de quejidos y ayes continuos, como si estuviera consumándose una matanza en prolongada inextinguible noche de un nuevo San Bartolomé eterno. Su alucinacion tomó tal intensidad que hizo despertar á la guardia y correr por todos los salones para impedir aquellos atentados. Cuando los guardias volvían y le contaban que todo el Palacio y todo el pueblo yacían tranquilos y entregados al sueño, sin ver ni oír cosa ninguna de las vistas y oídas por el monarca, desesperábase con desesperacion intensísima este y creía que todos se reían de él por no creer que le atormentaba con aquellas sobrenaturales visiones, poniéndolo en descoyuntador potro, su propia íntima conciencia. Para distraerse íbase por las noches, á guisa de los calaveras deshechos, enmascarado, disfrazado, vestido algunas veces á lo escolar mendicante, plaza de la Greve, barrio de Monfaucon, rompiendo vasos y mesas y costillas, forzando puertas y mujeres, en desorden tanto mas terrible cuanto que buscaba el olvido y no podía jamás encontrarlo. Entonces dejaba tal género de placeres y escogía la caza. Pero esta caza tornábase infernal como la célebre del poeta germánico. Empezaba, en monterías gigantescas, una carrera de tal suerte vertiginosa, que su caballo y él desaparecían á la vista como si los arrastrasen las ráfagas de huracan rabioso en sus torbellinos. Y no encontraba descanso, porque no encontraba en ninguna parte olvido. Cuando tras una noche de orgía, una jornada de vértigo, ni siquiera conciliaba el sueño, de reposo material y moral destituido, tornábase horrible, como si, muerto y enterrado, volviese tras un viaje sobrenatural á la tierra. Sus cabellos de punta parecían metálicos; su estatura se alargaba y encogía con la movilidad misma de sus propósitos; su delgadez le daba el aspecto de un sér fantástico; la hiel se le tendía por todo el cutis y la epilepsia por todos los nervios; crispábansele sin poder remediarlo á una las dos manos; torcíansele los ojos apagados; y de la boca convulsa le caía una baba sangrienta. Entonces solo hablaba de matar. Quiso una noche atravesar con su espada el corazón de Guisa; y otra noche también el corazón de Anjou; y estrangular á La Mole con sus propias manos porque le creía